

DOSSIER

PARA UNA HISTORIA SOCIAL DE LA GUERRA Y LOS
MILITARES EN SUDAMÉRICA.

PERSPECTIVAS DE HISTORIA COMPARADA,
CONECTADA Y DE LARGO PLAZO. SIGLOS XIX-XX

Germán Soprano (Coord.) *(CONICET / IdIHCS-UNLP)*

Alejandro Rabinovich (Coord.) *(CONICET / UNLPam)*

Mario Etchechury Barrera *(ANII, Uruguay)*

David Velásquez Silva *(U. Nacional Mayor de San Marcos)*

José Miguel Arias Neto *(U. de Londrina, Brasil)*

Samuel Alves Soares *(UNESP, Brasil)*

Hernán Cornut *(USAL)*

Andrea Rodríguez *(CONICET, UNCom)*

INTRODUCCIÓN

PARA UNA HISTORIA SOCIAL DE LA GUERRA Y LOS MILITARES EN SUDAMÉRICA.

PERSPECTIVAS DE HISTORIA COMPARADA, CONECTADA Y DE LARGO PLAZO. SIGLOS XIX-XX

Artículo *por*

GERMÁN SOPRANO Y ALEJANDRO RABINOVICH

GERMÁN SOPRANO

Doctor en Antropología Social (Universidad Nacional de Misiones, 2003), Magister en Sociología (Universidade Federal do Rio de Janeiro, 1998) y Profesor en Historia (Universidad Nacional de La Plata, 1993). Investigador Adjunto del CONICET con sede en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales-IdIHCS de la Universidad Nacional de La Plata-UNLP. Profesor Titular de Teoría Política en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Se ha especializado en antropología de la política e historia social argentina. Ha estudiado en perspectiva histórica y etnográfica sobre políticos peronistas, académicos universitarios y sobre funcionarios estatales civiles y militares. Actualmente investiga sobre política de defensa nacional, educación, profesión y liderazgos militares en la Argentina del siglo XX y XXI.

ALEJANDRO RABINOVICH

Doctor en Historia y Civilización por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Se desempeña como investigador adjunto del CONICET y profesor de Historia Argentina en la Universidad Nacional de La Pampa. Es autor de los libros *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852* (Presses Universitaires de Rennes, 2013); *Ser soldado en las Guerras de Independencia. La experiencia cotidiana de la tropa en el Río de la Plata, 1810-1824* (Sudamericana, 2013) y *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui o la derrota de la Revolución (1811)*, (Sudamericana, 2017). Especialista en el estudio del fenómeno de la guerra en Hispanoamérica, ha recibido el premio de Historia Militar de Francia en 2010.

INTRODUCCIÓN

PARA UNA HISTORIA SOCIAL DE LA GUERRA Y LOS MILITARES EN SUDAMÉRICA. PERSPECTIVAS DE HISTORIA COMPARADA, CONECTADA Y DE LARGO PLAZO. SIGLOS XIX-XX

La historia sudamericana ha estado, durante su período independiente, marcada a fuego por la experiencia de la guerra. A lo largo de todo el siglo XIX, los nuevos esbozos de Estados nacionales se forjaron en el magma de un complejo entramado de luchas independentistas, conflictos civiles, guerras internacionales y campañas de conquista o exterminio de los pueblos originarios. Este proceso tuvo, en la mayoría de los países, cuatro consecuencias de largo plazo debidamente señaladas por la historiografía:

- 1- Un marcado ascenso social del estamento militar, que monopolizó en muchos casos las posiciones de liderazgo político, ejerciendo durante largas décadas la mayoría de los puestos de gobierno ejecutivo a nivel nacional y provincial.
- 2- Una muy intensa movilización armada de amplios sectores de la población, tanto bajo la forma permanente de los ejércitos de línea como bajo la de la rotación miliciana.
- 3- Un peso desmesurado de la guerra y lo militar en los gastos estatales, así como en la plantilla de funcionarios públicos.
- 4- Una “militarización” de la cultura política, donde el recurso a la lucha armada para la consecución de fines políticos resultó vista como ampliamente legítima.

En las décadas de 1860, 1870 y 1880, ya con los Estados centrales en acelerado proceso de consolidación bajo una forma territorial similar a la actual, se produce en la región una serie de conflictos armados de una escala inédita que involucran a la mayoría de los países, como

ser la Guerra de la Triple Alianza y la Guerra del Pacífico, a los que se suman grandes campañas de avance sobre los pueblos indígenas como las del “Desierto” en Patagonia y las del Gran Chaco. Es durante el transcurso y a la salida de estas conflagraciones que la mayoría de los Estados de la región van a embarcarse en un decidido proceso de centralización del poder militar, limitando el peso de las milicias y guardias nacionales a favor de unos ejércitos de línea cada vez más poderosos, mejor armados, basados en la conscripción universal y, al menos en teoría, con una oficialidad más profesional.

Con estos nuevos ejércitos ya consolidados para la última década del siglo XIX y primera del XX, se asume generalmente que los Estados adquieren el monopolio del uso legítimo de la fuerza y se entra a una nueva etapa, más moderna, y radicalmente diferente de la anterior, en cuanto a la participación de los militares en la política o respecto al rol de la violencia armada en la vida social.

Es así que la historiografía del siglo XX, bajo la indiscutible impronta de una historia marcada desde la década de 1930 por intervenciones traumáticas de las Fuerzas Armadas en la política argentina, golpes de Estado y dictaduras militares o civil-militares, ha privilegiado en el estudio de los militares el conocimiento de sus ideologías, concepciones políticas, doctrinas y prácticas represivas. En contados casos, sin embargo, se ha intentado retomar el nexo con aquellas consecuencias de largo plazo producidas en el siglo XIX, ya sea para marcar su persistencia y eventual evolución en el tiempo, o para determinar que sus efectos se han agotado efectivamente. Se han generado, de este modo, dos campos historiográficos prácticamente estancos, dedicados a un mismo objeto en el que se registran fácilmente marcadas continuidades, pero divididos por el cambio de siglo como si se tratase de un parteaguas inevitable.

En otros casos, la aceptación implícita de fechas convencionales como límite cronológico de un campo de estudios puede resultar anodina. En el de la guerra y los militares en Sudamérica, en cambio, ha resultado claramente pernicioso. Los especialistas del siglo XIX y los del XX rara vez se encuentran, rara vez se referencian mutuamente,

utilizan metodologías y conceptos muy diversos. El resultado es una historiografía en la que el ejército aparece en la primera década del siglo XX como nacido de la nada, con oficiales cuyo único antecedente se suele rastrear hasta su paso por alguna de las flamantes academias, y con una cultura e idiosincrasia que se limita a la aportada por la potencia europea dominante en el país en cuestión, que se trate de Prusia, Francia o Gran Bretaña. Es así que los primeros golpes de Estado y dictaduras suelen ser vistos como un fenómeno nuevo, fruto de una “politización” de los militares y de la institución militar, en vez de ser reinscritos en una larguísima y constitutiva tradición de participación política armada. De la misma manera, se invoca unilateralmente una original “militarización” de la sociedad con la implementación del “servicio militar obligatorio”, sin atender a la persistencia de formas de militarización de diversos sectores sociales heredadas del siglo XIX.

Por otro lado, quizás en ningún otro tema las historiografías, tanto del siglo XIX como del XX, hayan permanecido tan cautivas de los marcos nacionales modernos, como con la cuestión de la guerra y los militares en los países sudamericanos. La enorme mayoría de los trabajos disponibles se limitan al análisis del fenómeno dentro de las fronteras nacionales actuales, circunscritas al estudio de caso en un país único como si la guerra y los factores militares no tuvieran una dinámica y una lógica propiamente regional o internacional. Esta forma de recortar al objeto de estudio, disculpable, aunque no recomendable, para aquellos trabajos que se adentran en el siglo XX, debido a la clara institucionalización de los ejércitos nacionales con una identidad propia, resulta injustificable para buena parte del siglo XIX, en el que es justamente la guerra y el esfuerzo militar los que terminarán produciendo, como resultado del proceso, y no como una precondition, el surgimiento de identidades e instituciones de tipo nacional. La conveniencia de adoptar, para ciertos momentos particularmente álgidos, un enfoque multiescalar, atento a la conexión de espacios locales y regionales con lógicas muy diferentes a las de las eventuales fronteras nacionales, nos resulta evidente.

En particular, para las décadas de 1810 y 1820, la insistencia en aplicar encuadres nacionales anacrónicos, que muchas veces se disimulan apenas en la adopción de antiguas fronteras virreinales, debería ser revisada y llamar a precaución. La mayor parte de los combatientes que participaron de las guerras revolucionarias lo hicieron en el radio de su medio local, actuando sobre regiones que tenían consistencia económica, geográfica, social y cultural, pero que no necesariamente coincidían con las jurisdicciones en pugna. Una entidad como la de las Provincias Unidas del Río de la Plata, por ejemplo, tenía grandes dificultades para expresarse nacionalmente en una fuerza militar conjunta. Los reclutas cuyanos tenían escaso interés en participar de cualquier campaña que no se volcase hacia el vecino Chile; los tucumanos, salteños, o jujeños sólo se veían comprometidos por lo que ocurriese en el frente del Alto Perú, del mismo modo que los porteños, los santafecinos o los entrerrianos compartían un teatro de guerra de larga tradición y permanencia con los *gaúchos* riograndenses, los orientales y los paraguayos. Esta situación de extrema porosidad de los límites jurisdiccionales respecto de los conflictos armados se vio modificada sólo muy gradualmente en las décadas siguientes, puesto que las facciones y partidos que se disputaban el poder en cada región se aliaban, confederaban y apoyaban mutuamente a través de cualquier frontera; fenómeno fortalecido aún más por la presencia en cada país de exiliados y conspiradores de las facciones derrotadas en los países vecinos.

En un contexto como el recién descrito, los enfoques que privilegien una perspectiva comparada, regional o conectada deberían mostrarse mucho más productivos que los que sigan anclados en estudios de caso nacionales. ¿Cómo circulaban, al interior de ese gran teatro de guerra litoraleño-rioplatense que se extendía desde Buenos Aires hasta el Paraguay y Río Grande, los combatientes, las armas, los caballos, las noticias de guerra, las alianzas y las lealtades? ¿Y cómo se comparan estos modos de circulación con los que tenían lugar en ese otro gran teatro de guerra andino que iba de Tucumán al sur hasta Puno y Cuzco en el norte? Otro tanto podría ensayarse con el

Valle del Cauca, con los Llanos del Orinoco, con la Patagonia de ambos lados de la cordillera y con tantos otros espacios concretos de la guerra que no toman forma como objeto de estudio porque no se ajustan a las fronteras internacionales que figuran en los Atlas.

Otra cuestión que merece una reflexión es la escisión predominante en la literatura académica del siglo XX entre el estudio de las Fuerzas Armadas y el de la guerra propiamente dicha. Una escisión que resulta paradójica, toda vez que las Fuerzas Armadas modernas – como instrumentos militares de la defensa de un Estado– son organizaciones concebidas para pensar y hacer la guerra, conforme a las diversas definiciones y/o formas sustantivas que ésta asumió en Sudamérica en el siglo XX: “guerra convencional”, “guerra revolucionaria”, “guerra contrainsurgente”, “guerra interna”, “guerra contra la subversión”, “guerra contra el narcotráfico y el terrorismo”, “guerra contra el crimen organizado”, etc. (entrecorramos todos los términos por considerarlos aquí más como categorías nativas o de los actores sociales que como conceptos teóricos).¹

Quizá dos motivos –ambos insatisfactorios– podrían invocarse en beneficio de esa incomprensible escisión de dos temáticas que deberían ir asociadas. Por un lado, se ha otorgado un protagonismo a menudo excluyente al estudio de la participación e intervenciones políticas de las conducciones militares en la política nacional. Por otro lado, dando como un hecho que –en comparación con Europa, Asia y África– el siglo veinte suramericano ha sido un largo período de predominio de escenarios de relativa paz, sobre todo, si se contabilizan las pocas guerras interestatales producidas en la región en esos años: “Guerra del Acre” entre Brasil y Bolivia (1899-1904), “Guerra del Chaco” entre Bolivia y Paraguay (1932-1935), “Guerra Colombiano-Peruana” (1932-1933), la “Guerra del Cenepa” o “Guerra

¹ La identificación y comprensión históricamente situada de las categorías con que los actores sociales definen la guerra o las guerras y la participación de los combatientes y no combatientes constituye una cuestión analítica y metodológica relevante y con consecuencias en los resultados sustantivos alcanzados por las investigaciones.

del Cóndor” entre Ecuador y Perú (1995) y la “Guerra de Malvinas” (1982) que es la única librada en este siglo por un Estado suramericano –la Argentina- contra una potencia metropolitana como el Reino Unido de Gran Bretaña. Ahora bien, como decíamos más arriba, ambos motivos resultan insuficientes, pues a lo largo del siglo XX el *métier* de los militares suramericanos ha consistido, pese a todo, en la preparación para la guerra o para las guerras que potencial o efectivamente debían afrontar. Por ende, es preciso resituar la guerra como una categoría significativa en la comprensión socialmente situada de las perspectivas y experiencias de los militares, así como en las de actores sociales “civiles” o “no combatientes”, especialmente, de aquellas sociedades que atravesaron por la experiencia de la guerra (nuevamente, en cualquiera de sus definiciones y formas).²

En la comparación de las literaturas correspondientes al siglo XIX y el XX, también es dado constatar las escasas contribuciones a la producción de una historia social y cultural de los militares y de sus diversas formas de inscripción en la sociedad nacional en este último siglo, al menos, si se lo compara con los estudios sobre militares y otras fuerzas de guerra correspondientes al siglo XIX. Para el siglo XX disponemos de historias políticas de las Fuerzas Armadas, e incluso historias sobre las ideologías e ideas políticas de las jerarquías castrenses suramericanas; asimismo, sociólogos y politólogos han

² Uno de los autores de este texto –Germán Soprano- cuando inició sus investigaciones históricas y etnográficas sobre militares argentinos también fue proclive a escindir su estudio del de la guerra. Sin embargo, rápidamente debió abandonar dicha aproximación al tema, toda vez que militares interpelados en entrevistas en profundidad y en el trabajo de campo etnográfico enfatizaban desde su propio punto de vista la imposibilidad de tal separación; otro tanto sucede cuando se aborda documentación institucional relativas al diseño, despliegue y operaciones de las Fuerzas Armadas, sus materiales, armamentos y equipos, la educación, perfeccionamiento e instrucción de su personal, etc. En definitiva, la guerra como específica forma del ejercicio del monopolio legítimo de la violencia por parte del Estado constituye el norte en torno del cual se concibe y organiza la educación y el desarrollo de la carrera profesional militar. No apreciar su eficacia social en la configuración de las identidades y sociabilidades de los hombres y mujeres integrantes de las Fuerzas Armadas supone una comprensión distorsionada de su *ser* y *quehacer*.

aportado conocimientos al estudio de las relaciones civiles-militares, comprendiéndolas como un universo de interacciones políticas e institucionales que se presuponen fundamentalmente diferenciadas y autónomas. Sin embargo, sabemos poco acerca de la vida de los oficiales intermedios, oficiales subalternos, suboficiales y soldados en los cuarteles, su educación, perfiles y carreras profesionales, sus orígenes sociales y el de sus familias, sus matrimonios, sus ingresos económicos, sus actividades en medios civiles –durante el servicio activo y una vez que se dan de baja o pasan a situación de retiro-, su membresía en grupos de parentesco, étnicos, religiosos e iglesias, clubes sociales, etc. En suma, avanzar en la promoción de una historia social y cultural de los militares en el siglo XX permitiría afrontar mejor el desafío, no sólo de identificar los atributos sociales que singularizan la autonomía corporativa de la cultura institucional y profesional de las Fuerzas Armadas, sino también de comprender los perfiles sociales de los militares *vis a vis* con identidades y relaciones que comparten con diversos grupos de cada sociedad nacional.

Los historiadores que estudian el siglo XIX suramericano reconocen, bajo la categoría genérica de “fuerzas de guerra” (Garavaglia, 2012; Rabinovich, 2013), la existencia de un espectro muy amplio de combatientes que no se encuadran dentro de los ejércitos de línea o permanentes: “milicianos”, “guardias nacionales”, “indios amigos”, “mercenarios”, “montoneros”, “guerrilleros” o “voluntarios” son algunos de los muchos actores sociales que forman parte del fenómeno de la guerra, al lado de los soldados de línea y los militares propiamente dichos.³ Los denominados procesos de modernización y profesionalización de los ejércitos de los Estados nacionales suramericanos producidos en los albores del siglo XX se asumieron como unos en los cuales esas otras fuerzas de guerra tendían necesariamente a desaparecer. Sin embargo, las “milicias

³ “Se avanza el concepto de fuerzas de guerra para englobar el conjunto de grupos armados generados por la sociedad guerrera [...] Tal como las entendemos aquí las fuerzas de guerra no son simples unidades militares sino que constituyen la expresión armada de la sociedad” (Rabinovich, 2013, pp. 11-12).

estadales” fueron protagonistas en las luchas políticas y militares en el Brasil de la década de 1930. A su vez, diversas “organizaciones revolucionarias” -“nacionalistas”, “marxistas”, “castristas”, “guevaristas”, “maoístas”- dijeron librar una “guerra revolucionaria”, “guerra de guerrillas”, “guerra popular prolongada”, entre la década de 1960 y 1990. Tampoco debe olvidarse el prolongado conflicto interno vivido por Colombia durante la segunda mitad del siglo XX y hasta el presente, caracterizado por analistas y protagonistas bajo diversos rótulos beligerantes -“guerra civil”, “lucha contra bandas criminales” o “lucha contra el narcotráfico y el terrorismo”. Una vez más, identificar y comprender situacionalmente el modo específico en que los actores sociales definían los escenarios de conflicto y su involucramiento en el mismo (si era “guerra” o no, y si era “guerra” de qué tipo, etc.) constituye un problema metodológico clave para el estudio histórico de esos fenómenos y de los sujetos que los protagonizaron.

Una historia social y cultura de la guerra supondría, al mismo tiempo, no sólo abordar el modo en que diversos actores sociales suramericanos concibieron y practicaron las guerras libradas en este subcontinente, sino también qué sentidos le atribuyeron a aquellas producidas en otros continentes. Así como muchos de los militares de las luchas revolucionarias e independentistas de principios del XIX habían hecho sus primeras armas en los conflictos europeos de la época, merece particular atención el estudio de ciudadanos y extranjeros residentes en los países de Suramérica que participaron como combatientes en Europa en la Primera y Segunda Guerra Mundial, en España durante la Guerra Civil, en la Guerra de Corea, la Guerra de los Seis Días, en la revolución y contrarrevolución en Nicaragua -por mencionar algunas de las experiencias más connotadas- o bien como miembros de misiones internacionales en el marco de coaliciones interestatales y de misiones de paz y ayuda humanitaria de Naciones Unidas. Al tiempo que también ha comenzado a prestarse atención al modo en que fueron significados localmente aquellos conflictos por diversos actores sociales suramericanos, tales como líderes políticos y religiosos, diplomáticos

y militares, periodistas e intelectuales, miembros de comunidades etno-nacionales, entre otros.

Lo dicho en este último párrafo nos lleva a ponderar nuevamente no sólo el recurso al análisis comparado sino a la comprensión de historias conectadas. Como ya dijimos, el excesivo énfasis en la definición de problemas y objeto de estudio centrados en la matriz de los Estados nacionales con frecuencia deriva en una comprensión extemporánea o anacrónica de las perspectivas y experiencias históricamente situadas de los actores sociales –muy especial, pero no solamente, en los contextos en que esa forma del poder político no se había configurado en el subcontinente suramericano. Pero también puede convencer al analista, demasiado pronto, acerca de las supuestas singularidades de su problema y objeto, incluso cuando se aboca al estudio de la guerra, los militares y otras fuerzas de guerra en el marco del Estado nacional. En este sentido, un ejercicio de comparación sistemática –tanto cuando el investigador apela a este recurso en forma directa en sus investigaciones empíricas o cuando produce un diálogo con los resultados de las investigaciones de otros colegas– constituye una alternativa metodológica que debiera explorarse más a menudo. Servirse de la comparación es, asimismo, concebir los problemas y objetos de estudio de modo relacional. Así pues, no es posible comprender cabalmente el diseño de los instrumentos militares terrestres y navales o las concepciones geopolíticas, de la defensa nacional y la seguridad internacional sustentadas por el Estado argentino, brasileño y chileno en el cambio del siglo XIX al XX –y aun en la casi totalidad de este último siglo– sin pensarlos desde una aproximación comparada que sea relacional y comprensiva. Como tampoco es dado abordar el fenómeno de la “guerra revolucionaria” en los escenarios de la “Guerra Fría” sudamericanos durante la segunda mitad del siglo XX sin restituir la eficacia social de las historias conectadas que los propios actores sociales –Fuerzas Armadas u otras fuerzas de guerra– promovían y producían. Esas historias conectadas es dado reconocerlas centrando el foco de análisis en las perspectivas y experiencias de los combatientes y no combatientes, asumiendo que los sentidos de

envolvimiento, proximidad y distancia social que significan unos y otros respecto de la guerra no son pasibles de ser mensurados –al menos no únicamente– en términos de su localización espacialmente cercana o lejana en relación con el conflicto.

No se nos escapa la existencia de diferencias teóricas y metodológicas reconocibles en los debates historiográficos pasados y presentes en torno del recurso más clásico a la historia comparada y más reciente a las historias conectadas, asumiendo asimismo que los cultores de una y otra no interpretan sus sentidos y usos de modos unívocos. Hace casi un siglo Marc Bloch sostuvo que el procedimiento de la comparación podía aplicarse, por un lado, a “sociedades tan separadas en el tiempo y en el espacio que resulta totalmente imposible llegar a explicar las analogías observadas entre dos fenómenos mediante el recurso a las influencias mutuas o por medio de un origen común”; pero, por otro lado, era factible otro empleo de la comparación en “el estudio paralelo de sociedades vecinas y contemporáneas, constantemente influidas entre sí y sometidas precisamente en razón de su proximidad y de su sincronismo a la acción de las mismas causas en su evolución y que parcialmente tienen, al menos un origen común” (Bloch, 2015, pp.115-117). Esta última forma de concebir y practicar la comparación histórica reconoce afinidades con el recurso más novedoso a las historias conectadas, pues en ambas se enfatizan los sentidos nativos históricamente situados y el carácter relacional de la comparación. Más aún si definimos las historias conectadas como una historia social y cultural y una etnografía histórica de las situaciones de contacto o de las conexiones simbólicas y materiales establecidas o vividas por diferentes actores sociales (Bertrand, 2015).

En suma, cuando destacábamos en el título de este artículo y dossier la necesidad de profundizar en la producción de una historia social de la guerra y de los militares recurriendo a la comparación, las historias conectadas y las perspectivas de análisis de largo plazo, no estábamos proclamando originalidad teórico-metodológica alguna, sino más bien, esperábamos promover y enfatizar la opción por estos

recursos historiográficos hasta ahora insuficientemente explotados en el estudio de estas temáticas en la región suramericana.

En esta línea, el trabajo presentado por Mario Etchechury, *Aventureros, emigrados y cosmopolitas. Hacia una historia global de las guerras en el Río de la Plata (1836-1852)*, representa un estimulante ejemplo de la potencialidad que guarda el enfoque de la historia conectada para espacios como el rioplatense de mediados del siglo XIX. A partir de una descripción de las redes y circuitos internacionales que ligaban a los hombres de armas del período, su investigación desarticula y desborda el marco explicativo de corte nacional utilizado tradicionalmente para abordar la Guerra Grande que tiene lugar en torno de Montevideo, para reinscribirla plenamente dentro la dimensión atlántica de la cual es inescindible. Aparecen así, presentados en detalle, los casos de numerosos combatientes europeos y americanos que desarrollaron sus trayectorias militares en escenarios distantes de sus territorios de origen, cruzando continuamente los difusos límites estatales de la cuenca rioplatense.

Respecto de la necesidad de romper la compartimentación de los siglos XIX y XX, el trabajo de David Velásquez Silva, *De la reforma militar a la construcción del Estado: el ejército peruano en la transición de los siglos XIX y XX*, constituye un muy logrado caso, demostrando que el proceso de modernización de las fuerzas armadas (que se expresa en la profesionalización del cuerpo de oficiales, la institución de un sistema nacional de justicia castrense, la institución del servicio militar obligatorio y la requisita de armamento de guerra) se realiza a caballo del cambio de siglo, con clara proyección a lo largo de las primeras décadas del siglo XX, pero también con fuertes raíces ancladas en la larga experiencia militar del siglo XIX. De hecho, la tesis principal del trabajo consiste en que dicha reforma permitió la concentración en el Ejército de una serie de competencias y medios para el ejercicio de la coerción que, a lo largo del siglo XIX, habían estado en manos de diversos grupos sociales, los que las utilizaban en las recurrentes guerras civiles que desestabilizaron una y otra vez a los gobiernos peruanos de turno.

Por su parte, en *Imprensa militar no século XIX: Brasil e Argentina. Um estudo dos periódicos navais - 1850-1900*, José Miguel Arias Neto y Samuel Alves Soares realizan un estudio comparado centrado en el “Boletín del Centro Naval” y la “Revista Marítima Brasileira”, destacando las historias singulares de las marinas de guerra de ambos países bajo la influencia de las miradas recíprocas que los oficiales construyeron respecto de sus colegas y rivales cisplatinos a la salida de la Guerra de la Triple Alianza. Demuestran, así, por un lado, cómo la prensa militar –cultivada por los propios oficiales de la época- fue un instrumento clave en la conformación y consolidación de la “clase militar” como un grupo con atributos sociales y culturales específicos y distintos de aquellos encarnados por los miembros civiles de ambas sociedades. Y, por otro lado, analizan el papel que tuvieron dichas publicaciones en la orientación del pensamiento, organización y funciones de las Fuerzas Armadas –especialmente entre los oficiales de marina- así como su influencia en la producción de las agendas estratégicas de la defensa y el desarrollo nacional en otros grupos del Estado y sociedad de la Argentina y el Brasil en la segunda mitad del siglo XIX. Ampliando el marco de la comparación, señalan también que el desarrollo de la prensa naval de estos dos países fue contemporánea con similares publicaciones de Estados Unidos, Francia, Portugal e Italia.

Otro ejercicio de historia comparativa, que se abre ya hacia la posibilidad de una historia conectada, lo constituye el artículo de Hernán Cornut: *Pensamiento, profesionalización militar y conflicto en el ámbito del ABC a principios del siglo XX*. Centrándose en un análisis de las concepciones sobre defensa nacional y los procesos de profesionalización militar de los oficiales del Ejército argentino, brasileño y chileno durante las primeras décadas del siglo XX, explora los conflictos interestatales entre Argentina y Chile, y, Argentina y Brasil. Para este autor, la común influencia de la doctrina alemana de la defensa y de la guerra –especialmente la noción de “nación en armas”- que sostenían los oficiales argentinos, brasileños y chilenos, lejos de promover una convergencia de intereses estratégicos entre los mismos, más bien exacerbaba sus rivalidades. De la lectura del

artículo se desprende, asimismo, que un abordaje simultáneo del tema, que exceda el encuadre exclusivo de un recorte nacional, ofrece el prisma adecuado para explicar la configuración de las rivalidades y conflictos geopolíticos en el Cono Sur a principios del siglo XX.

Finalmente, en *Por una Historia Sociocultural de la guerra y posguerra de Malvinas. Nuevas preguntas para un objeto de estudio clásico*, Andrea Belén Rodríguez argumenta en favor del potencial que ofrece la combinación de perspectivas históricas de corta, mediana y larga duración para los estudios socioculturales de la guerra, y más particularmente para los de la Guerra de Malvinas. De esta manera, propone el recurso a una historia social y cultural como un enfoque y metodología de análisis aun incipientemente explorado en la comprensión históricamente situada de las experiencias, memorias e identidades construidas por combatientes y no combatientes acerca de la guerra y posguerra de Malvinas en la sociedad argentina.

Sin dudas, los temas, períodos y espacios, actores sociales e instituciones, acontecimientos y procesos delimitados como objeto de estudio de los artículos del dossier, no tienen pretensiones totalizadoras y en modo alguno ofrecen un panorama historiográfico completo. Más bien proponen un estudio en profundidad acerca de cuestiones sustantivas relevantes y abordajes metodológicos que contribuyen al esfuerzo intelectual de producción de una historia social de la guerra y de los militares en Sudamérica durante los siglos XIX y XX.

Bibliografía

- Bloch, M. (2015) [1928]. "A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas". En M. Bloch. *Historia e historiadores*. (pp.113-147). Madrid: Akal.
- Garavaglia, J. C. (2012). Prólogo. En J. C. Garavaglia, J. Pro y E. Zimmermann (eds.). *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado*.

Artículo

Introducción

por **Germán Soprano** y **Alejandro Rabinovich**

América Latina, siglo XIX. (pp. 9-13). Rosario: Prohistoria Ediciones / State Building in Latin America.

- Bertrand, R. (2015) [2013]. Historia global, historias conectadas: ¿un giro historiográfico? *Prohistoria*, Año XVIII, 24, 3-20.
- Rabinovich, A. (2013). *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires dans le Rio de la Plata, 1806-1852.* Rennes, Presses Universitaires de Rennes.